



SanLago



"No me puse preocupado de que mis películas se vean. Yo le hago y no es problema más si no se distribuye. Yo me preocupo de la película."



• Cuando se inicia el último mes del último año de la década, hay en el aire un cine chileno, los años 80 estuvieron marcados por el descubrimiento y la valoración de la prolífica obra que Raúl Ruiz realizó en Francia.

RAUL RUIZ

En Estados Unidos el Director De Cine Es un Cobrador de Micro

Ruiz ganó el premio César —el Oscar francés— en 1979 con su cortometraje «El colapso de los perros», basado levemente en la novela «ejemplar de Cervantes». De ahí en adelante, su cine se puso de moda en los círculos intelectuales franceses y en 1983, Ruiz alcanzó su récord de público en París (100 mil personas) con «Las tres coronas del marino», película que también ilustró la portada del número especial que la revista «Cahiers du Cinéma» le dedicó en marzo de ese mismo año.

Sin embargo, su siguiente filme —«ajaja el mejor que ha realizado»— «La ciudad de los arcanos», sólo fue visto por unos siete mil espectadores. Ruiz retornó a sus cineas de ensayo, financiadas por la televisión, por municipalidades y por la Casa de la Cultura de Le Havre, de la cual él se hizo cargo. Sin demasiadas cintas —a ratos de cuatro por año— se volvieron virtualmente invisibles para el público general. Ruiz se puso también a dirigir obras de teatro y estaba en ese ritmo febril de trabajo cuando le llegó, hace unos meses, una invitación para dictar un taller sobre televisión en la Universidad de Harvard a partir de octubre. Así, ese cineasta inabarcable se halla ahora en Estados Unidos, donde está convertido en culto. El prestigioso centro cultural Joseph Papp de Nueva York ha organizado desde hoy una amplia retrospectiva de su obra y la muy comercial revista «Premiere» tituló «El techo de la ballena» y «Las tres coronas» —entre los 25 mejores filmes de la década.

Justo antes de partir a Norteamérica, Raúl Ruiz visitó Santiago, mostró un par de películas nuevas («Memorias de aparcamiento» y «La lechuga ciega») e hizo estas declaraciones.

—Hace tiempo ya que sus filmes no se estrenan en los cines. ¿Dónde se están exhibiendo y quién los ve?

—«La lechuga ciega», por ejemplo, se dio sólo una vez en París, en el Instituto Árabe. Como fue coproducida por la televisión, se supone que alguna vez la mostrarán.

—No le interesaba que se distribuyera? ¿Cuánta gente fue a la función del Instituto Árabe?

—Unas 80 a 100 personas.

—¿O sea que, si sumamos a los que la vieron aquí en Santiago, se concluye que ese filme ha sido visto por unas 150 personas en todo el mundo?

—No, por muchas más. Unas diez mil lo vieron en las universidades norteamericanas. Muchas de mis películas tienen distribución en ese circuito. Allí el público puede llegar hasta 100 mil personas. No es que no me interese que mis películas se vean, pero no paso preocupado de eso. La película se hace y no es problema más si se distribuye o no. Yo me preocupo de la película. No me voy a andar pasando por el mundo con la película. A lo mejor si no tuviera nada que hacer.

—¿Cómo se logró la distribución de su cine en Estados Unidos?

—En eso los norteamericanos tienen cierta generosidad. Compran a granel y después ven, Estados Unidos es el único país donde hay copias subtituladas de «La lechuga ciega» y de «Memorias de aparcamiento», y eso que esta última es imposible de entender allá, porque es un puro juego de abusos a España y Chile.

—Esa fue la que no le gustó a Vincent Canby, el influyente crítico del «New York Times».

—A él no le gusta ninguna de mis películas y eso me tiene muy contento. Nueva York es como Valparaíso. Hay dos diarios y dos críticos, Canby en el «New York Times» y Hoberman del «Village Voice». Yo no sé de dónde sacaron que pasan tantas cosas en Nueva York.

El misterio de la producción

—Si sus películas no tienen distribución comercial ¿cómo es que se siguen produciendo?

—Eso es el misterio. Se sacan tres o cuatro copias que desaparecen inmediatamente y los productores se niegan a distribuirlos. Ahora han aparecido los compradores de negativos, que juegan al mercado del cine como al de la piedra.

—¿Siguen con los contactos de producción con Portugal?

—No. Desde 1990 hasta 1993 o 1994 voy a trabajar en Italia, donde increíblemente no ha surgido una generación de cineastas jóvenes. Los jóvenes tienen allá cerca de cuarenta años, como Nanni Moretti. A propósito, Moretti me declaró profesor y me hizo actor en su nueva película, que no se llama «Palomita blanca» sino «Palomita roja». Hago el papel de un teólogo.

—¿V qué piensa del cine estadounidense?

—A mí no me gusta el cine comercial ni el cine independiente. El primero me tiene sorpresa y el segundo lo encuentro relajado. Además ¿quién son los independientes? Jim Jarmusch y su señora.

—¿Cuál será entonces su lugar como cineasta en Estados Unidos?

—Bueno, yo voy por un año académico.

—Pero es cierto que en Estados Unidos no vas a hacer nada?

—Bueno, para el museo de Boston voy a hacer una instalación video sobre la expulsión de los moros de España. A mí siempre me gustan las cosas entre diferentes tipos de películas. Esto mezcla video y teatro. Es como esos espectáculos que le dan a los turistas cuando visitan los museos.

—¿V el curso en Harvard de qué se trata?

—Consiste en tomar la televisión norteamericana entre las dos y las cuatro de la tarde, es decir la peor parte de la programación, y extraerle todo el valor poético que pueda tener.

René Naranjo Sotomayor

En Estados Unidos el director de cine es un cobrador de micro [artículo] René Naranjo Sotomayor.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ruiz, Raúl, 1941-2011

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En Estados Unidos el director de cine es un cobrador de micro [artículo] René Naranjo Sotomayor. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile